

Nada es fácil en Ciudad Andina

Iménez

LUIS NORIEGA

Taller de Edición Rocca S. A.,
Bogotá, 2011, 194 págs.

CIUDAD ANDINA cuenta con un sistema de privilegios público, estrictamente reglamentado y muy atractivo, al que todos los habitantes de la ciudad pueden acceder en algún momento de su existir. Sin importar qué tan difícil haya sido hasta entonces la vida de un sujeto, de dónde provenga o cuál haya sido su historia, todos pueden elevar una solicitud de ingreso, la cual será evaluada en su momento por la Unidad de Determinación de Vacantes. De haber lugar dentro del sistema, el aspirante podría ser aceptado y desde entonces le sería posible disfrutar de los privilegios y ventajas propias de la condición de afiliado. Sin embargo, la circunstancia irrenunciable de tener que solicitar de manera voluntaria la cesación del contrato antes de cumplir los cuarenta y cinco años o, en su defecto –al haber incurrido en vencimiento de términos– recibir la visita de un ejecutor, quien sin mayores ceremonias lo obligaría a cumplir su compromiso, teñía tal determinación tan sugestiva, con una sombra de fatalidad que la empañaba.

Pero, como bien decía cada que le era preciso el ejecutor Iménez, protagonista de la inquietante novela que nos presenta el escritor Luis Noriega, las cosas no eran fáciles por aquel entonces, pues de haberlo sido, Ciudad Andina no existiría. Sí existía, a no dudar. Allí estaba, una cúpula protectora que aislaba a sus habitantes del horror del mundo externo con sus enfermedades mortales, su carencia de alimentos y de aire, su terror cotidiano, sus subterráneos gaseados con venenos letales a fin de controlar el avance terrible de las ratas, responsables directas de la extinción de las vacas, de los perros, de los gatos, y de cualquier ser vivo que pudiera aportar una mínima dosis de nutrientes. Por eso vivir dentro de los muros de la ciudad era tan apetecido, tan envidiado, y por eso las solicitudes de afiliación siempre estaban llegando a las oficinas de la unidad, a pesar de los pesares. Pues aunque

se sabía que la sonrisa con la que los recién afiliados tomaban posesión de sus apartamentos y sus muebles, de sus refrigeradores bien surtidos, de sus reservas de café y tabaco, se convertirían un mal día en una mueca de terror ante la presencia de los ejecutores con sus pastillas de la muerte y sus armas desintegradoras, siempre había nuevos candidatos para engrosar las filas de los privilegiados con fecha de caducidad. Pensaban, quizá, que el tiempo no correría para ellos, que podrían escapar de alguna manera inverosímil y alcanzar la legendaria tierra de Galápagos, que podrían engañar o vencer a los ejecutores, o que al final la muerte no les asustaría. Pero nada de eso era posible. La cúpula, que protegía, era además una cárcel con un sistema de seguridad inexpugnable, y dentro de ella los afiliados, sometidos voluntariamente a los más estrictos tratamientos de infertilidad, veían cómo sus días de felicidad se iban sumando unos a otros y cómo la fecha última, el momento en que deberían hacer esa llamada definitiva, estaba mucho más cerca de lo que nunca pudieron imaginar.

El sistema de privilegios era público, aportaba una solución efectiva al problema demográfico y proponía un método para el aprovechamiento racional de la fuerza laboral disponible. En ambos casos el elemento clave era la supresión finamente meditada de los afiliados. Sin reproducción posible y con un plazo de vida al parecer inamovible –aceptado mediante firma de contrato–, el afiliado que consideraba un buen negocio cambiar la atrocidad de la vida exterior por las comodidades, halagos y seguridades de la cúpula, vivía en realidad su corta estadía de abundancia pendiente del horror final. Ese final llegaba. Iménez, junto con otro pequeño grupo de ejecutores, de “cocineros”, como se les llamaba con resentimiento, se encargaba de que esa fecha límite se cumpliera. Era su trabajo. Para eso había sido duramente entrenado.

Pero el espectro social de ese mundo que nos retrata Iménez no se agota con la presencia de los ejecutores, los afiliados y los habitantes del mundo exterior. También allí, y de manera brutal, existía una casta privilegiada sostenida sobre las fatigas de los otros, que no vivía bajo la amenaza de una muerte

pactada de antemano. Eran los residentes. Personajes que en razón de sus condiciones de fortuna y su consecuente ejercicio del poder, disfrutaban sin límite de su estadía en la cúpula, ejercían cargos de control y podían moverse con relativa libertad afuera y dentro de Ciudad Andina. Pero ellos tampoco las tenían todas consigo y –sea porque se afanaran en garantizar a sus hijos la condición de residentes que ellos detentaban y que no obstante en cada caso tenía que ser adquirida, o porque acariciaban la posibilidad de emigrar de una buena vez de aquellos territorios espantosos, o por cualquier otra razón– ambicionaban más de lo que estaba a su alcance. Así, para dar realidad a sus deseos los residentes se organizaron para el control de un negocio oscuro, el más rentable de todos: el tráfico de óvulos fértiles destinados a las mujeres afiliadas. De esta manera, traficando con las ansiedades y las apetencias de unas y de otras, las mujeres del exterior, únicas en capacidad de reproducción y dispuestas a cambiar sus únicos haberes por un dinero que les permitiera soñar con una vida mejor, y las mujeres afiliadas, castradas en principio como condición de acceso a esa anómala seguridad de la que disfrutaban, los residentes atesoraban su fortuna. Todo estaría bien para ellos, pero los terroristas y sus consignas de “muerte a residentes” existían también allí, y su blanco preferido era precisamente esa casta de abusadores que se lucraba con el dolor ajeno.

Sin embargo, la ansiedad de riqueza no era privilegio de los residentes. Había otros que seguían con atención el desarrollo de los acontecimientos y trataban de ingeniarse una manera de arrebatarle sus dispensas a los dueños del negocio. Contrabandistas, taberneros, gentes del bajo mundo, pero también ejecutores presionados por las circunstancias. El punto central del asunto consistía en poder ir y venir con libertad entre la cúpula y el mundo exterior y, por lo tanto, estar en capacidad de llevar lo que abundaba en un lugar, a donde faltaba, y en cobrar leoninamente por hacerlo. En ese fluir libre descollaban los residentes, quienes habían construido su negocio sobre tal prerrogativa. Pero no eran los únicos. Los ejecutores, a fin de realizar su trabajo también iban y venían de su

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>mundo exterior al de la ciudad gracias al uso de una credencial intransferible e inalterable. Si se pudiera encontrar la manera de copiar esa credencial todo estaría resuelto. Y es allí, en ese afán que desencadena la compleja urdidura de la ambición, la traición, el valor, la lealtad, el deseo y el amor, en donde se realiza la arquitectura narrativa de la novela de Luis Noriega.</p> <p>Se trata de un texto que juega fuerte y apuesta a fondo. En medio de una tradición literaria como la nuestra, que no ha incursionado de manera significativa en los territorios de la ciencia ficción, <i>Iménez</i> consigue una solvencia reconfortante. Se trata de presentar ante el lector la construcción de un mundo lo suficientemente ajeno a este cotidiano en medio del cual nos movemos, y tan asociable con nuestras referencias más determinantes como para conseguir un mínimo de identificación. En ese equilibrio tan delicado <i>Iménez</i> consigue la consolidación de una atmósfera, de un campo de posibilidades sensoriales y conceptuales desde el cual la narración se hace posible, surge y transcurre con fluidez y buen juicio. A pesar de que ciertos recursos como el de la novela dentro de la novela no siempre son tan convincentes –esa suerte de metanarrativa tan refinada que nos han enseñado los mejores exponentes de nuestra tradición literaria y que <i>Iménez</i> recrea en la figura del escritor Eugenio Silva y su personaje Jaramillo–, como no son algunos momentos de la utilización del lenguaje, el conjunto del relato persuade y convoca. Por otra parte, la caracterización de la Ciudad Andina, el recurso de emplear antiguos nombres ciudadanos, Chicó Oriental, Garcés Navas, despojados de sus asociaciones originarias, el permanente sentido del humor que atraviesa el cuerpo del relato, y la concisión estructural sobre la cual descansa el cuerpo narrativo, explican en gran medida su capacidad de establecer nexos efectivos con el lector, así como la posibilidad de creer sin ambages en lo que se está contando.</p> <p>La novela <i>Iménez</i> fue ganadora del premio UPC de ciencia ficción en 1999. Esta reedición, corregida y actualizada por su autor, se constituye en una buena noticia para el público lector y para el panorama actual de las letras colombianas.</p>	<p style="text-align: center;">Rafael Mauricio Méndez Bernal Profesor, Facultad de Artes ASAB, Universidad Distrital Francisco José de Caldas</p> <hr style="width: 20%; margin: auto;"/>	